

WWW.BILBOQUET.ES



Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 2.5 España

Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento. Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor Joan Espasa.
joanespasa@yahoo.es



No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Compartir bajo la misma licencia. Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a ésta.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor Joan Espasa.

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.

Esto es un resumen legible por humanos del texto legal (la licencia completa) disponible en castellano:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/es/legalcode.es>

y en inglés <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/legalcode>

c ó d i g o s .

joan espasa.

1. S O C R A N D R E S ;

A n d r é s

Y

M a r í a.

Casa de María. Fuera llueve, huele a tierra mojada. Hay un sombrero caído. Llama a la puerta un hombre de aspecto algo ridículo pero no sospechoso, calado y con un maletín , Andrés. El abismo de la segunda parte se irá formando, haciendo cada vez más estrechas las paredes de la casa.

I.

María- ¿Sí?

Andrés- Buenas tardes.

M-¿Quién es?

A- Soy Andrés Rodríguez.

M- ¿Andrés Rodríguez?

A- Ya, claro, usted no me conoce, es sólo que... ¿sería tan amable de abrirme la puerta?

M- ¿Qué quiere?

A- ¡Oh! no se preocupe, es simplemente cuestión de unos minutos, yo sólo quería... Perdone, pero es que fuera está cayendo una buena, le importaría que me secara un poco, sobre todo la chaqueta, me está entrando ya la humedad en... Hola, muchísimas gracias, es usted muy amable. La humedad, sabe, que se mete en los huesos y es muy mala, sobre todo con los problemas de espalda que yo tengo, en fin que...

M- Pase hombre pase. Pues sí que debe llover a cántaros, si es que el tiempo está muy malo últimamente, parece mentira, yo ayer igual; fue nada más salir y se puso a jarrear, y claro, con este sol que no avisa, una nunca sabe, sin paraguas ni nada, fíjese usted...

A- Oiga ¡qué casa tan bonita!

M- En realidad no soy yo quien la ha decorado.

A- Ah, y ¿quién ha sido?

M- Aquí tiene.

A- Muchas gracias, siento la molestia, es esta maldita ciudad, tiene usted razón, que no nos da más que lluvia y mala leche.

Pero bueno decía usted lo de la decoración.

M- Sí, que fue mi marido, bueno, ex marido, era decorador de interiores...

A- ¿Era?

M- Lo sigue siendo, claro, es sólo que como ya no... en fin y usted ¿qué quería? ¿qué vende?

A- Vaya, le he importunado con mi pregunta, lo siento, de verdad que no era mi intención, es simplemente que como había dicho *era* me ha sonado raro y he pensado que quizás le había pasado algo. Fíjese usted, que lo mismo se había muerto o algo, tampoco sería tan raro.

M- No, no, está bien, al menos por lo que sé.

A- Pues mejor ¿no? Espero, como le decía, que no se haya enfadado conmigo.

M- No hombre, no se preocupe. En fin...

A- Sí, decía usted lo de la decoración.

M- No, eso, si ya está, que fue él quien decoró la casa. Como usted había dicho que le gustaba.

A- Y me gusta, me gusta. Se ve que es un salón sin reloj de arena, le falta, pero no está nada mal. De todos modos he de reconocer que desde que me ha dicho usted que es su ex marido el artífice, tengo mis dudas.

M- ¿Cómo que tiene sus dudas?

A- Ya no sé si me gusta tanto, después de todo es obra de alguien que le dejó a usted y usted me acaba de acoger aquí, en su casa, sin conocerme de nada, así que ya no sé...

M- Un momento, un momento, ¿qué me está contando, y cómo sabe que me dejó?

A- Porque usted me lo ha dicho.

M- No tengo la costumbre de contar mi vida sentimental a vendedores ambulantes empapados.

A- Pues no sé, será por el rencor que ha mostrado al hablar de él. En cualquier caso es así ¿no?

M- Me parece que hace usted demasiadas preguntas y le recuerdo que se ha presentado usted en mi casa a venderme no sé qué...

A- Perdona, es verdad, ya hay más gente que me lo ha dicho, pero me resulta inevitable. Aquí ¿no le parece? Si no le importa le traeré un reloj de arena. Lo siento de verdad, quizás sea mejor que me vaya,

Andrés tropieza con la maleta, se sube encima y la pisa sacando el sonido de un corazón. María se transforma en Gloria, aparece Marcos.

2. M I A S M A ;

M a r c o s

Y

G l o r i a

Dos montículos separados por un precipicio. A la izquierda Marcos, está de perfil, dando la espalda al precipicio. Por la derecha llega Gloria; se ha perdido.

II.

GLORIA- Hola, perdone. ¿Señor? Perdone señor, me he perdido ¿es usted de aquí?

MARCOS- No.

G- Bueno, puede que aún así pueda ayudarme. Es un poco tarde, sabe, y en mi casa se van a empezar a preocupar. Ya sé que usted no me conoce, pero estaba con unos amigos y...

M- Amigos.

G- Sí, el caso es que los he perdido. Además hace mal tiempo, parece mentira; he pasado horas gritando, tengo miedo. Quiero volver.

M- Quiere volver; es lo que suele pasar en esta tierra, mucha gente viene, pero siempre quiere volver, somos un agradable lugar de visita, un capricho de fin de semana.

G- ¿No decía usted que no era de aquí?

M- Eso es, sólo vivo aquí.

G- Es un sitio bonito, al menos creo que me hubiera parecido bonito, no sé, tiene encanto.

M- No soy yo quien lo ha hecho.

G- Ayúdeme, por favor.

M- ¿Qué quiere de mi?

G- Que me explique el camino hasta el río, tengo allí el coche.

M- No le vale la pena, está demasiado lejos, se le haría de noche antes de llegar.

G- ¿Qué puedo hacer? ¿Por qué me da la espalda?

Gira la cabeza y da a la chica el perfil que no tiene miedo a ocultar. Vuelve a darle la espalda.

M- Hace usted demasiadas preguntas.

G- Perdone, pero estoy nerviosa, quiero volver.

M- Deje de pedir perdón. Yo podría llevarla, tengo allí mi coche. Es una pena.

G- ¿El qué?

M- ¿Qué va a ser? El precipicio, no se puede cruzar en dos saltos. Pero casi es mejor así.

G- Podría cruzarlo (*se acerca para calcular la distancia*). Yo salto mucho, sabe. (*Se va hacia atrás para coger carrerilla*) ¿Por qué ha dicho eso?

M- Ningún precipicio se puede cruzar en dos saltos.

G- No, que es mejor así.

M- He dicho casi.

G- Vale, pero por qué.

M- Pregunta usted demasiado.

G- Y usted da demasiado la espalda, ¿no quiere ayudarme?

Marcos se pone de perfil.

M- No salte, por favor, es peligroso

G- ¿Y qué sugiere que haga?

M- No lo sé.

G- Escuche, tengo que volver.

M- ¿Por qué?

G- ¿Cómo que *por qué*? Porque yo no soy de aquí, usted lo ha dicho, porque allí me esperan.

M- ¿Los amigos que le han dejado aquí sola?

G- Está usted empezando a ponerse impertinente, si no quiere ayudarme déjeme por lo menos en paz.

M- Está bien, adiós.

1. S O C R A N D R E S

III.

Andrés- Le estoy incomodando, además, después de todo, esto no es tan importante.

M- No hombre, espere, es mejor que se seque un poco la chaqueta y entre en calor, de todos modos fuera sigue jarreando. Enséñeme qué trae ahí, si después de todo... la verdad es que me ha sorprendido que acertara con lo de mi marido, efectivamente me dejó, el muy cabrón se fue con una niña.

A- ¡Una niña!

M- Bueno, es una forma de hablar, una jovencita.

A- Es curioso, acaba de volver a decir marido.

M- ¿Qué?

A- No, nada, que ha dicho marido para referirse a su ex marido.

M- Pero si ya le he dicho que era mi ex marido ¿a qué viene eso?

A- Vaya, la estoy volviendo a importunar, soy incorregible. Permítame que me explique, simplemente he hecho tal apreciación porque pone de manifiesto que usted todavía no ha concluido su relación con él.

M- Ah, y no se le ha ocurrido pensar que es *simplemente* una forma de hablar.

A- La verdad es que no creo en eso de *las formas de hablar*. En cualquier caso, yo, si me dejara mi marido y fuera él quien hubiera decorado la casa, no la dejaría tal como estaba antes de su partida, no sé, la cambiaría. A lo mejor así, a fuerza de tapar sus ecos, conseguía concluir mi relación con él. ¿No le parece?

M- ¿Qué insinúa?

A- No, nada, le digo lo que creo que yo haría, aunque es verdad que a usted no le tiene por qué interesar; encima que me acoge, vengo yo y le empiezo a contar historias cuando probablemente preferiría seguir leyendo.

M- Señor Andrés ¿cómo sabe que estaba leyendo?

A- No tiene por qué inquietarse, simplemente he visto que ha dejado un libro fuera.

M- Perdone.

A- Por cierto que llevo ya aquí un rato y todavía no sé su nombre.

M- Ah, perdone, María, yo soy María.

A- No hay nada que perdonar, María, es usted muy amable.

M- Gracias.

A- Es curioso que haya dicho lo de soy.

M- Para usted todo es curioso. Parece el hombre de los diez pasos. ¿No la conoce? Es la historia de un hombre que sale de casa y todo le llama la atención. Nunca es capaz de avanzar más de diez pasos. Le entra además tanto miedo que cree que si da once morirá por haber dejado algo atrás sin darse cuenta.

A- Yo también a veces he llegado a pensar si no será una enfermedad.

M- (*Sonríe por primera vez*) Qué quería decir con lo de *soy*.

A- No, nada, que normalmente la gente suele decir me llamo María, o bueno, no María, si no como se llame la persona, y usted ha dicho *soy*, que también hay gente que lo dice, pero menos. Yo, por ejemplo, le he dicho antes, en la puerta: *soy Andrés Rodríguez*, aunque claro, usted me había preguntado *¿quién es?* Si me hubiera preguntado *¿cómo se llama?* no sé qué le hubiera dicho, sinceramente no lo sé, la pena es que ya no podremos saberlo.

M- ¿Por qué?

A- Porque ya no se va a dar la situación, ahora ya sabe cómo me llamo.

M- Podríamos hacer una prueba: ¿cómo se llama?

A- Me llamo Andrés. ¡Anda, pues tiene usted razón! ¡Ha funcionado! Y le he dicho *me llamo*, no *soy*. Sin embargo, me temo que este ensayo suyo puede carecer de valor científico por los condicionamientos a los que se ha visto sujeto.

M- Pero si acabas de decir que ha funcionado.

A- Ya, pero creo que me he dejado llevar por el entusiasmo. Le he de reconocer que no las tengo todas conmigo en cuanto a si mi respuesta ha sido o no espontánea.

M- Puedes tutearme.

A- Preferiría no hacerlo, si no le importa.

M- Y ¿por qué?

A- Por respeto.

M- ¿Está insinuando que yo no le respeto?

A- No, por favor, nada de eso. Además, deje de pensar que yo insinúo cosas. Y por cierto, que usted puede tutearme cuando le venga en gana, de hecho, ya que lo había empezado a hacer prefiero que siga haciéndolo, si no le importa, claro.

M- Eres un bicho raro Andrés.

A- Como todo el mundo, lo que pasa es que la gente no se da cuenta; no me irá a decir usted que hay gente normal, porque le advierto que a mí eso de la gente corriente y moliente no me lo venden.

M- No, si aquí el único que vende eres tú, además, de todos modos, no te entiendo.

A- No tiene importancia, me parece que sería demasiado largo de explicar, ni siquiera sé si valdría la pena. Pero, ¿de qué estábamos hablando?

M- De lo de tutear o tratar de...

A- No, no, me refiero a antes de eso.

M- ¿De lo del nombre?

A- Ah, sí, eso es ¿sabe usted por qué ha dicho *soy María*?

M- No, pero me imagino que me lo va a decir.

A- No, por favor, no me trates de usted.

M- ¡Anda! ¿Tengo que pensar que me has perdido el respeto?

A- No, pero me gustaba que me tratara de tú y ahora que se había perdido me ha parecido una pena y me he visto forzado a tutearla. En cualquier caso, he de decirle que no le he hecho la pregunta teniendo una respuesta de antemano, de verdad estaba interesado en saber si usted sabía por qué había dicho *soy* en lugar de *me llamo*.

M- Pues siento decepcionarle.

A- De ninguna manera, usted no me decepciona, dejémoslo en que hubiera estado bien saberlo.

M- Seguro que usted tiene alguna idea de por qué lo hice.

A- O aquí, un reloj de arena aquí daría un toque de distinción.

2. M I A S M A

IV.

G- No, espere. ¡Espere por favor!

Marcos se para, vuelve caminando de espaldas a ella.

M- Además tiene razón, no puedo ayudarla, no sé conducir.

G- Yo sí.

M- Pero está al otro lado.

G- ¿Y para qué tiene un coche?

M- Antes sí sabía.

G- ¿Y qué pasó?

M- Hace usted demasiadas preguntas.

G- Y usted da muy pocas respuestas. Dígame cómo puedo llegar hasta usted y yo llevaré el coche, puedo pagarle si quiere. Por favor, por favor, tiene que ayudarme.

M- Deje de decir *por favor*.

G- Deje de darme la espalda y lo haré.

M- (*Se vuelve a poner de perfil*) Hace tiempo que no veía a nadie.

G- ¿Por qué vive aquí?

M- Me gusta estar solo.

G- No lo parece.

M- ¿Por qué dice eso?

G- No sé, intuición. ¿Por qué no me mira? Oiga, yo le he respondido. No soy tan fea se lo puedo asegurar.

M- Pero yo... hace un año que no subo a un coche, tuve un accidente.

G- Lo siento.

M- ¿Por qué?

G- Porque lo siento.

M- No me hacen falta cortesías, puede ahorrárselas.

G- Tiene razón, era una mera cortesía, en realidad me alegro de que tuviera el accidente, del precipicio, de que se me vaya a hacer de noche en un abismo y de que ni siquiera me mire a la cara.

M- De eso puede estar segura.

G- ¿Por qué? ¿por qué? Le estoy haciendo una pregunta ¿me oye? No es tan difícil... (*M se da la vuelta*) ¿por qué?

M- No se haga la tonta, me veo todos los días en el espejo.

G- Ayúdeme.

M- Claro, es por eso, necesita ayuda, puede bajar la vista, no le voy a ayudar igual.

G- Así que le gusta estar solo.

M- Sí. Y dejé de mirarme, no hace falta que haga esfuerzos, no voy a coger el coche.

G- Creo que es a usted a quien le molesta.

M- Sí, siempre me ha molestado la caridad.

G- No es caridad, puede estar seguro.

M- Ya.

G- Lleva aquí desde que tuvo el accidente ¿no es verdad?

M- Hace usted...

G- Demasiadas preguntas, ya lo sé, no hace falta que se repita. ¿Y su familia? ¿Sus amigos? ¿Su... novia?

M- Y supone demasiadas cosas, podría ser huérfano, misántropo y tener novio, o mujer.

G- Pero no es así ¿verdad?

M- ¿Por qué no deja de mirarme?

G- ¿Le molesta?

M- Sí.

G- ¿Vienen a verle?

M- No saben que estoy aquí.

G- ¿Y no quiere verles?

M- A veces, al principio, pero no quiero que me... ¿Y a usted qué le importa?

G- Soy curiosa. Por cierto ¿cómo se llama? Yo soy Gloria.

M- Marcos.

G- Deberías verles, Marcos.

M- Y tú deberías meterte en tus asuntos, Gloria.

G- Lo haría, pero no puedo irme de aquí ¿recuerdas?

1. S O C R A N D R E S

V.

ANDRÉS- Hay algo en su tono que me hace pensar que usted desconfía de mis intenciones.

MARÍA- *Deje de pensar que yo insinúo cosas.* Además aquí eres tú el que vende no se sabe qué, algo caro debe ser si todavía no lo has enseñado.

A- Bien jugado.

M- Estoy en mi derecho de desconfiar, ten en cuenta que te has plantado en mi casa, sin conocerme de nada y que llevas ya más de diez minutos aquí sin todavía decirme para qué demonios has venido. Eso sí, me pones dos relojes de arena...

A- Uno, uno, con dos sería un hogar descompensado.

M- Los hombres habéis hecho un complot para no escucharme, cualquier día me doy mis once pasos y si no muero compro una metralleta y me pongo de francotiradora. Le advierto que sería una gran francotiradora, así que arriba las manos, abra el maletín y diga con voz clara y sincera: *María, qué gran mujer.*

A- ¿Desconfías o no de mis intenciones?

M- Volvemos al tú, si le digo que me está perdiendo el respeto.

A- Disculpe, me he dejado llevar.

M- No hay nada que disculpar Andrés, tampoco está mal dejarse llevar.

A- Oiga, ¿no me estará usted imitando?

M- Dios me libre.

A- ¿Me permite hacerle una pregunta?

M- No ha dicho *María, qué gran mujer.*

A- Disculpe, sólo lo hago cuando la metralleta es de verdad. Además es así, no deberían gustarle las explicitaciones, no va con usted o sí, pero se merecen un destierro. Bueno, pues un entierro; podríamos hacer el reloj de arena con la tierra que nos sobre. ¿Puedo hacerle la pregunta?

M- No ha dicho *María, qué gran mujer.*

A- Disculpe, sólo lo hago cuando la metralleta es de verdad. Además es así, no deberían gustarle las explicitaciones, no va con usted o sí, pero se merecen un destierro. Bueno, pues un entierro; podríamos hacer el reloj de arena con la tierra que nos sobre. ¿Puedo hacerle la pregunta?

M- Creo que ya no nos hacen falta los permisos.

A- ¿Cuándo se fue su marido?

M- Hace un año ¿por qué?

A- ¡Un año!

M- Sí ¿qué tiene de extraño?

A- Nada, nada, por cierto que *año, extraño...*

M- *Oiga, ¿no me estará usted imitando?*

A- Vaya, vaya, estamos ingeniosos. Pues no, no le estaba imitando, simplemente me había parecido que es curioso que extraño acabe en año, que es el tiempo que hace que se ha ido su marido, lo cual a mi me resulta extraño, que al acabar en año no deja de darle cierta coherencia a mi parecer. Se trata de una coherencia extrínseca, está claro, porque ni usted ni yo hemos decidido el significante de esas palabras, que, según dicen, es arbitrario.

Ambos comienzan a hablar un idioma incomprensible.

M- ¿Cómo?

Vuelven hablar, con más fuerza, el idioma incomprensible.

A- El significante, que es arbitrario. Lo dijo un célebre lingüista suizo y desde entonces la gente, o al menos mucha gente, así lo ha creído. En fin, que aun siendo arbitrario no deja de tener en este caso cierta coherencia.

M- No te entiendo Andrés, pero hablas muy bien.

A- Gracias María. No, me extraña lo del año porque había pensado que era más reciente.

M- Ya, te parece que le tengo demasiado presente ¿no es eso?

A- ¿Quiere que le ayude a cambiar la decoración?

M- Me parece que te estás pasando un poco, Andrés, mejor me enseñas la maleta, que ya va

siendo hora.

A- Es una pena que lo vea usted así, yo creo que le sería de gran ayuda.

M- Ya, pero es que es a mí a quien le tiene que apetecer cambiar la decoración.

A- No, si eso está claro, pero no sé, había pensado que así estaría usted más contenta, pero perdóneme otra vez, ya sé que soy un entrometido.

M- No te preocupes. Mira, te digo lo que vamos a hacer, primero nos sentamos, que yo ya estoy cansada de estar de pie, me cuentas qué demonios has venido a hacer aquí y luego, si me convences, lo mismo hasta cambiamos la decoración y todo.

A- La verdad es que no es un mal plan.

Justo cuando se están sentando suena el teléfono. María lo coge –para lo cual, aunque está cerca, espera a que suene unas veces.

M- ¿Sí?

Hombre Ana ¿qué tal?

Bien, bien, como siempre. (*Andrés la mira*)

Pues no lo sé, la verdad es que no había pensado hacer nada.

Ya la he visto.

Bah, bastante malilla.

No, mujer, ve tú si quieres, yo la verdad es que me iba a quedar aquí leyendo y viendo la tele, ya sabes, vida soltera. (*Andrés la vuelve a mirar*)

Bueno, vente a casa si quieres. Podemos ver *Con faldas y a lo loco*, la he sacado esta mañana del video club, oye, perdona un momento ¿te importaría dejar eso en su sitio?

A- Disculpe, no quería...

M- Ya, dime Ana.

Sí, es que ha venido un señor. (*Andrés la mira*)

No lo sé.

Pues que no lo sé, a vender algo, creo.

Sí.

Sí.

Pues porque fuera estaba lloviendo un montón y se tenía que secar.

Justo me lo iba a decir ahora.

Bueno, en realidad lleva ya un rato.

Sí.

Pues no sé, Ana, diez minutos.

Que no pesada, que te digo que me lo iba a decir ahora.

No, bueno, tampoco es tan raro.

No te pongas tonta, además tu no has estado aquí, no puedes entenderlo.

Mira si sigues así te cuelgo y ya nos vemos luego, además te he dicho que tengo a Andrés aquí esperando.

Sí, Andrés.

Ay chica, te pones de un idiota.

Sí.

Que vale, no te preocupes.

Venga, nos vemos ahora.

Que sí pesada.

Venga, un beso.

Hasta luego (*cuelga*). Esta Ana, cuando se pone a tocarle a uno las narices...

A- ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que llegué?

M- No sé, un cuarto de hora o así.

A- Yo creo que menos, pero en cualquier caso es curioso...

M- ¡Hombre, otra curiosidad!

A- Pues sí, es curioso que hace un rato me dijera que llevaba aquí diez minutos y que ahora le dijera a su amiga que llevaba eso mismo, diez minutos; habiendo pasado un tiempo entre un momento y otro, tengo la sensación de que estaba usted tratando de engañar a su amiga para tranquilizarla.

M- ¡¿Qué?!

A- No es tan raro, después de todo es normal que ella se preocupe y que usted quiera tranquilizarla, y como nuestra relación sería muy larga de explicar ha preferido usted decirle que llevábamos diez minutos, que en realidad es menos de lo que cree que llevamos porque a mí me acaba de decir que llevamos un cuarto de hora. ¿Tengo o no razón?

M- Sí, puede. Oye ¿qué es eso de *nuestra relación*?

A- Pues eso, nuestra relación.

M- ¿Te me estás declarando?

A- Anda, empiezo a pensar que es usted una bromista.

M- No te piques.

A- No, si no me *pico*, solo constato que a usted le gustan las salidas chistosas, lo cual no deja de ser...

M- ¿curioso?

A- Pues sí, eso es, *curioso*.

M- Y ¿por qué?

A- Pues porque el humor suele ser una herramienta para desviar la atención.

M- Oye, no te pases.

A- Vaya, ya la he vuelto a ofender, de verdad que no era mi intención. A veces me tendría que pensar un poco más las cosas.

M- O un poco menos.

A- No estoy seguro de lo que ha querido decir con eso pero puede que tenga razón.

M- Bueno, ¿me vas a decir a qué has venido o no?

A- Creo que es la primera vez que emplea una disyuntiva.

M- ¡¿Qué?!

A- Nada, eso, que me da a elegir entre una cosa u otra.

M- Pues no te estaba dando a elegir. Ya estoy cansada de estar en esta situación, sin saber por qué coño te has presentado en mi casa, un lunes a las cuatro de la tarde.

A- Vaya, ahora sí que la he ofendido, le prometo que no es mi intención enfadarla. ¿Es por lo de su amiga? No quería llamarla mentirosa ni nada por el estilo, no me malinterprete, de hecho pienso que todos mentimos, al menos del modo en que usted lo acaba de hacer, es eso que la gente llama mentiras piadosas.

M- Creo que me está usted llamando mentirosa por mucha retórica que le ponga encima.

A- Todo el mundo miente María. Hubo un tiempo en que me dediqué a contarlo. En un día normal mentí 47 veces, y eso que tuve cuidado, traté de esquivar preguntas hechas. Pero por favor, no vuelvas al usted, sigamos como antes.

M- ¿Y cómo es como antes, yo esperando a que al señor le dé la gana de decirme por qué se ha presentado en *mi* casa, con ese maletín del que no se desprende ni para sentarse?

A- María, por favor, no me grites, de verdad que no es mi intención...

M- ¿Y cuál es tu intención? ¿cuál es tu intención? ¿cuál es tu intención? ¡¿cuál es tu intención?!

2. M I A S M A ;

VI.

GLORIA- Si hubieras sido más feo no te habría hecho tanto daño.

MARCOS- ¿Cómo?

G- Podría acompañarte si no te ves con fuerzas.

M- Si no hubiera un precipicio no serías tan insolente.

G- Lo haría, créeme.

M- Te he dicho que no soporto la caridad.

G- No es caridad.

M- No me mires.

G- No mires tú.

M- Me voy, no sé por qué he perdido el tiempo contigo.

G- Claro que lo sabes, eres más listo que eso, no me mientas.

M- Pero ¿quién te has creído que eres?

G- Una agente secreto en misión especial: salvad al cara quemada.

M- ¿Qué?

G- Nada Marcos, que mis padres me van a matar pero estoy dispuesta a ir contigo.

M- Estás loca.

G- No, estoy dispuesta a ir contigo.

M- Pero yo no quiero verles.

G- No quieres perder el medio rostro que guardan en su recuerdo, no es lo mismo.

M- Basta.

G- Haremos una cosa. Voy a saltar, si lo consigo nos vamos a tu casa.

M- Ni se te ocurra.

G- Y si no, pues nada, podrás seguir esquivando preguntas.

M- Para.

G- Allá va.

Marcos coge carrerilla y salta al otro lado.

1. S O C R A N D R E S

VII.

A- Mire María, sé que le tengo que responder, que usted ha sido muy buena conmigo, pero antes hay dos cosas que si no digo se me van a olvidar, ¿le importa?

M- Pues sí. No hombre, no ponga usted esa cara, adelante, cuéntemelo si ya... de perdidos al río.

A- Primero querría decirle que me ha encantado cuando ha dicho *y cómo es como antes*; pone de manifiesto por qué una palabra lleva el acento escrito y la otra no, las deja juntas al tiempo que las separa.

M- Yo también tengo que decirte una cosa.

A- Es que se me va a olvidar la segunda.

M- Pues venga, dispara.

A- ¿No se le olvidará a usted lo que me iba a decir ahora?

M- No, no te preocupes.

A- Es normal que me preocupe María, no quiero que a usted se le olvide y quedarme sin saber lo que iba a decir, ha conseguido usted intrigarme.

M- ¿Quieres decir de una vez lo que ibas a decir y no andarte por las ramas!

A- Sí, sí, perdone, pues lo otro eraaa... eraaa... ¡vaya! Se me ha olvidado.

M- No es posible.

A- Que sí, que no me acuerdo, me suele pasar, de hecho es extraño que sea la primera vez que me pase desde que estoy aquí.

M- Al menos deme una pista.

A- Es que ni siquiera puedo darle una pista, se me ha borrado completamente de la cabeza.

M- ¡Ah! Pues ahí sí que no... ahí sí que no hay nada que hacer.

A- ¡Eureka!

M- ¿Qué pasa?

A- Que me acabo de acordar María, y gracias a usted, ¡es usted tan buena!

M- Pero ¿no se le había borrado de la cabeza?

A- Pues finalmente no, mire, le había mentido, para que vea que a todos nos pasa. Bueno, el caso es que cuando usted ha dicho ahora lo de *abí sí que no, abí sí que no*, me he acordado de que la otra cosa que le tenía que decir era también una repetición. Me refiero a que me había llamado también la atención cuando había dicho usted antes *¿cuál es su intención, cuál es su intención?* ¿Se había dado usted cuenta de que tiene un don natural para la repetición?

Bueno, repetición entre comillas porque consigue usted decir la misma cosa dos veces diciendo en cambio cosas distintas, porque estará usted de acuerdo conmigo en que el primer *cuál es su intención* no ha tenido nada que ver con el segundo. (*María le mira atónita pero de algún modo convencida en su fuero interno de que tiene razón. En general esa suele ser la actitud de María ante Andrés*). Por cierto, que esto demuestra que lo de la sinonimia es un cuento chino, es imposible que dos palabras digan lo mismo si ni siquiera una misma palabra es capaz de decir lo mismo. Es como *los sueños, sueños son*.

M- Sabe usted que es cansado.

A- Querrá decir cansador, aunque esa palabra no existe según la Real Academia. ¡Pobre Real Academia, es tan estrecha!

M- Como usted quiera decirlo, pero el caso es que le deja a una exhausta.

A- Pues también me lo habían dicho, pero no crea que mi deseo es fatigarla, ni mucho menos. Los sueños son sueños sin serlo, es como si las palabras tuvieran malos y buenos sentidos. Como las mentiras, todos mentimos, pero hay quien lo hace demasiado lejos de la verdad. Pero tengo miedo de que se le olvide lo que iba a decirme.

M- No me extraña.

A- ¿Cómo?

M- ¡Ja! Ahora eres tu quien no ha entendido, no está mal por una vez. Quería decir que no me extraña que tuvieras miedo porque, efectivamente, se me ha olvidado.

A- ¡No es posible! No ve, le tenía que haber dejado hablar antes, si es que no soy un caballero.

M- Bueno Andrés, no se ponga así, que no es pa tanto.

A- Puede no ser para tanto, pero a mí sí que me importa, tenía la sensación de que iba usted a decir algo importante.

M- Quiere decir que el resto del tiempo no digo más que tonterías.

A- ¡Por Dios! Señora María, ¿no podría usted dejar de ser tan susceptible? ¿Cómo tengo que decirle que no es mi intención denostarla?

M- Mira, ya me he acordado

A- ¡Qué curioso, igual que yo hace un momento!

M- ¡Quieres dejarme hablar!

A- Sí, sí, perdona.

M- Pues eso, que es impresionante cómo consigues marear la perdiz para no llegar nunca a decir lo que tú sientes..

Andrés hace ademán de hablar pero no puede, se sienta. Pausa. María retoma la palabra, conciliadora.

M- Vaya, lo siento, no era mi intención...

A- ¿Cómo que no era su intención?

M- Que no quería herirle.

A- Pues creo que ya es un poco tarde.

M- De verdad que lo siento.

A- No creo que haya nada que sentir, a veces está bien herir a las personas; bueno, no sé si está bien, pero ocurre, y no hay por qué evitarlo.

2. M I A S M A ;

VIII.

Marcos coge carrerilla y salta al otro lado exactamente igual que la vez anterior.

M- Te he dicho que no lo hagas.

G- Eres un poco mandón. Hola, Marcos.

M- Hola Gloria ¿Por qué ibas a hacer eso?

G- Te he dicho que te iba a acompañar.

M- Era demasiado peligroso.

G- Tú lo has hecho y aquí estás.

M- Pero yo soy de aquí.

G- ¿Y eso qué tiene que ver? Además, tú no eras de aquí.

M- Ahora sí.

G- ¿Por qué has saltado tú? ¿Marcos? que ¿por qué has saltado tú? Si quieres que nos casemos tendrás que ser más amable. ¿Cómo vamos a cruzar ahora? ¿Me enseñarás a saltar? ¿Hay un camino que no sea muy largo hasta tu casa? La verdad es que podemos ir andando hasta allí, me apetece dar un paseo. No dices nada. ¿No querrás que durmamos aquí? No puedo dormir sin un techo, Marcos, lo siento. De verdad que iría contigo. ¿Me dejarás llamar?

M- No tengo teléfono.

G- Cómo no vas a tener teléfono.

M- Pensé que sería mejor.

G- Bueno, tus padres tendrán ¿viven muy lejos? ¿cuánto es eso? ¿más de dos horas? ¿de cuatro? ¿Ocho? ¿Seis? ¿Seis y media? ¿Siete? ¿Siete y media? Joder, sí que lo tienes controlado, si hace cinco años que no ibas.

M- Venía mucho aquí con una chica, siempre tardábamos eso, nos hacía gracia, aunque paráramos a tomar un café, aunque pusiéramos gasolina: siete horas y media.

G- ¿Cómo se llama?

M- ¿A qué viene eso?

G- La chica, que ¿cómo se llama?

M- Ya, si entiendo la pregunta.

G- ¿Me vas a responder o no?

M- ¿Y tú?

G- Yo pregunté primero.

M- Se llamaba Ana ¿por qué?

G- Ya te lo he dicho, soy curiosa.

1. S O C R A N D R E S

IX.

ANDRÉS-Por cierto, tienes un sombrero en el suelo.

MARÍA- ¿Tienes?

A- Tiene.

M- Puedes tutearme Andrés, a mí también me gustaría que me tutearas.

A- Pues lo tienes María, un sombrero en el suelo.

M- ¿Y?

A- ¿Cómo, y? Pues nada, un sombrero en el suelo es siempre un sombrero en el suelo, un objeto desubicado, y toda desubicación tiene detrás una historia.

M- Que ayer llegué cansada, fíjate tú qué historia.

A- Pues a mi me suena interesante, lo que pasa es que para ti la historia es ayer llegué cansada, punto, para mí eso es el principio. Por ejemplo, ayer llegué cansada, y como llegué cansada (además así meto la repetición que va en tu estilo) lancé el sombrero al perchero y se cayó y no tuve ganas de recogerlo.

M- ¡¿Cómo has sabido que lo lance y se cayó?!

A- Ya te he dicho que toda desubicación tiene una historia, se trata simplemente de reconstruirla.

M- Pues bueno, eso, llegué cansada lo tiré hacia atrás, y cayó al suelo, la verdad es que me sentí mal por no haber acertado, como si eso acabara de rematar el día, fin de la historia.

A- No está mal como final, pero a mí me parece que podría dar algo más de sí. Por ejemplo, sigo sin saber por qué siendo hoy lunes a las cuatro y pico de la tarde y habiéndose caído el sombrero ayer domingo a las... ¿a las?

M- Eso no lo sabes ¿eh?

A- ¿Y cómo iba a saberlo?

M- No, como eres un sabelotodo.

A- Bueno, ¿me vas a decir a qué hora se cayó el sombrero o no?

M- No te indignes, Andrés, que no es tu estilo.

A- ¡Pues dime a qué hora!

M- No te lo digo, chincha rabiña.

A- Pues bueno, tampoco es un dato tan pertinente, pongamos a las diez.

M- Uy, frío, frío, oye que puedo estar soltera, pero no soy una monja.

A- Divorciada, perdona.

M- Vaya, vaya, alguien se está picando.

A- ¿Quieres que reconstruyamos la historia o no?

M- *¿Quieres que reconstruyamos la historia o no?*

A- Eres de un chistoso.

M- *Eres de un chistoso.*

A- Mire María, si quiere me marcho pero no creo haberle hecho a usted nada como para que me falte el respeto.

M- *(Mientras va diciendo la frase Andrés se levanta para irse) Mire María, si quiere me marcho pero no creo haberle hecho a usted nada como para que me falte el respeto.* Venga Andrés, no te enfades ven hombre, acaba de contarme la historia del sombrero, de verdad que me interesa, es sólo que... Venga hombre, no seas testarudo, ya te he pedido perdón, no creo que tengas que tomártelo tan a la tremenda. Mira, el sombrero cayó al suelo a la una y media más o menos, aunque podemos decir a la una y treinta y tres, que eso le da un toque muy, no sé, como de película americana, estilo *(se pone a actuar)* sincronizamos nuestros relojes: Mike, tu entras por el flanco izquierdo, Jerry, tú irás con él, Flanagan y O'connell, vendréis conmigo por la puerta principal, *(Andrés sonríe. María, contenta, sigue actuando)* ¡No, por favor, señor Andrés, no se vaya, Jerry y Flanagan, detenedle!

A- Está bien, está bien, tu ganas, pero me gustaría que dejaras de imitarme, me parece una falta de respeto.

M- Chico, tienes una cosa con el respeto.

A- Sin respeto no hay diálogo María, y sin diálogo...

M- Sin diálogo estamos jodidos, dilo hombre, que no pasa nada.

A- Pues no es eso lo que iba a decir.

M- Ya hombre, ya lo sé, tu hubieras dicho algo así como: sin diálogo el ser humano se barbariza.

A- Puede ser, la verdad es que eso ya me gusta más.

M- Si es que nos vamos conociendo Andrés. ¿Te puedo pedir un favor?

A- Pues claro, después de todo estoy en deuda contigo.

M- Di *sin diálogo estamos jodidos*.

A- ¿Y por qué iba a decir yo eso?

M- Venga Andrés dilo, sólo para darme el gusto.

Andrés se prepara para decirlo pero no llega a hacerlo.

M- Venga Andrés, que tú puedes.

A- Está bien, pero que conste que es por hacerte un favor.

M- Ese es mi Andrés, ale valiente.

A- Sin diálogo...

Sin diálogo estamos...jo...jod... Lo siento María, no puedo.

M- Pero si has estado a punto, venga, hazlo por mí.

A- Mira María, sin diálogo estamos jodidos.

M- ¡Guau! Si resulta que también vas a ser actor. La verdad es que me has convencido, *sin diálogo estamos jodidos*. No estaría mal que te hubiera escuchado algún político. En fin, muchas gracias. ¿Me cuentas la historia del sombrero?

A- Si en realidad eres tú quien la tiene que contar.

M- Ya, pero eres tú el que sabe contar historias.

A- A ti tampoco se te da mal Vaya, he dicho tampoco, seré vanidoso.

M- ¿Volvemos al estado de autismo?

A- ¿Eh? Ah, no, no, simplemente me ha llamado la atención que yo mismo me atribuyera la capacidad de contar historias.

M- Pero es que la tienes.

A- Gracias María.

M- De nada Andrés.

A- La cuestión es que la historia no está acabada porque después de todo el tiempo transcurrido desde que se te cayó o lo tiraste (que eso habría que verlo), hasta ahora, no lo has recogido. Es más, me parece que el hecho de que no lo hayas recogido implica que lo tiraste y no que se te cayó.

M- ¿Qué quieres decir?

A- Que la respuesta inmediata de alguien cuando se le cae algo, es recogerlo, mientras que cuando lo tira no tiene por qué recogerlo a no ser que alguien le obligue a ello.

Los dos se quedan mirando el sombrero

Pongamos que llegaste, a lo mejor cansada...

M- No te creas, más bien asqueada.

A- ¿por qué utilizas palabras tan fuertes?

M- ¿Asqueada? Porque estaba asqueada Andrés.

A- Está bien, está bien, llegaste *asqueada*...

M- Vaya, ahora que lo dices sí que es verdad que suena fuerte.

A- Es que lo es María, pongamos mejor que llegaste de una noche en la que el mundo no te sonreía, acaso ni siquiera eras consciente de ello, simplemente un malestar, el sentimiento oscuro de estar desencajado sin saber cuál es la pieza a mover. Abriste la puerta, viste la casa, la bonita decoración de un hombre que ya no te pertenece

M- A lo mejor tampoco es tan bonita.

A- Si la empiezas a ver fea estamos salvados, es que empiezas a constatar su lejanía.

M- ¿*Estamos*?

A- Me implico María, parece mentira, pero te he cogido cariño.

M- Y por qué te resulta tan extraño.

A- Porque llevamos poco tiempo, a penas nos conocemos, aunque bueno, hay gente que llega a conocerse menos en años de lo que tú y yo nos conocemos ¿no te parece?

M- Puede ser.

A- Puede ser. En fin, que viste la casa, decorada por una mano que de algún modo ya ha muerto en tu vida pero que por otro lado te obstinas en conservar.

M- Oye, eso lo hará tu padre. Mira éste, como no dice más que palabrejas se cree que no insulta. Pues a mí lo de obstina me suena peor que asqueada.

A- Es que te obstinas María, es normal que te suene mal, pero me parece que es por razones distintas, a mí antes me sonó mal lo de asqueada porque me pareció que no se adecuaba a lo que en realidad había pasado, porque no era en realidad tu estado, mientras que a ti, ahora, te suena mal cuando digo que te obstinas porque es una realidad que no te gusta, que no lo quieres reconocer, vamos.

M- Por lo menos yo soy transparente.

A- Creo que eso ha ido a hacer daño.

M- Es que es verdad Andrés, te pones aquí a desnudarme mientras tú lo único que te has quitado es la chaqueta porque lo de la humedad y todo ese rollo.

A- He de reconocer que es una bonita metáfora.

M- ¿No ves?

A- No veo qué.

M- Que cada vez que te digo algo así me sales con una de esas, que si una metáfora que si me obstino o que si la madre que nos parió.

A- ¿Por qué tienes que ser tan bruta?

M- Porque me da la gana coño, Andrés, que parece que hay que andar con pinzas contigo.

Los dos se miran sin saberse muy bien qué decir, María se siente un poco mal por lo que acaba de decir, aunque tampoco se arrepiente de ello; Andrés, por su parte, pasea sus ojos de un lugar a otro como buscando algo a partir de lo cual pueda empezar una nueva conversación.

2. M I A S M A ;

X.

G- Vayámonos.

M- ¿Qué te hace pensar que yo quiero irme?

G- Tienes que hacerlo.

M- Podría querer volver a casa, es cuestión de un salto.

G- Sí.

M- Podría hasta querer quedarme aquí a dormir, las estrellas no dejan de ser un techo.

G- Tienes que ver a tus padres.

M- No puedo. (*Gloria le va a tocar la cara y Marcos se le quita la mano con violencia*) No lo hagas.

1. S O C R A N D R E S

XI.

M- Venga hombre, no pongas esa carita, acaba de contarme lo del sombrero, que me estaba gustando tu historia. Oye, que no creo que sea para tanto, señor susceptible, peores cosas me has dicho tu a mí y aquí me tienes.

A- ¿Qué te he dicho yo a ti?

M- Pues lo de mi ex marido, por ejemplo, ¿te parece poco?

A- Pero yo no quería ofenderte, María.

M- ¡Ah! Y yo sí, ¿no?

A- Eso ha parecido.

M- Pues lo siento chico, si es que es lo que yo digo, contigo hay que ir con pinzas.

A- Si no digo que no; es solo que me pongo muy mal cuando me intentan hacer daño.

M- Bueno, ya te he dicho que lo siento, no sé qué más quieres.

A- No, nada, si además tienes razón, soy muy susceptible.

M- Venga, sigue con lo del sombrero.

A- Despojaste el mal día al tirar el sombrero. Te asaltó un recuerdo que en realidad te acompaña siempre. Te vendría bien el reloj de arena, María, podrías darle la vuelta a veces. No está bien utilizar un sombrero caído para mantener vivo el rencor. Hay finales que a tiempo nos regalan más de un principio. Oye, oye, sólo quería animarte.

M- Andrés, Andrés...

A- Ni las hueles ni las ves.

M- María si fueras mía.

A- ¿No es eso una canción?

M- ¡No me digas que la conoces.

A- *(Canta por alegrar a María y ésta se une) María si fueras mía yo te daría un pañuelo, con amor.*

Qué bien lo estamos pasando ¿no?

M- ¿Por qué lo tienes que joder todo?

A- ¿Por qué dices eso?

M- Pues porque para pasarlo bien el secreto está en no decir que uno se lo está pasando bien, si no le quita toda la gracia.

A- Vaya, soy un aguafiestas.

M- Pues sí, pero venga, no te preocupes.

A- ¿Cómo no me voy a preocupar?

M- Pues podías probar a contarme de una vez a qué has venido.

A- Pues...

M- ¿pues?

A- Pues no puedo María.

M- Como que no puedes.

A- Como que no puedo.

M- Querrás decir que no te da la gana.

A- No, no es eso.

M- ¿Y qué es entonces?

A- Que se me ha olvidado.

M- Me estás empezando a cargar Andrés, me lo dices o te largas de una vez.

A- Me *largo* de una vez.

M- ¿No serás capaz?

A- Pues vas a ver cómo sí (*se levanta*).

M- Eres un cabrón Andrés. (*Andrés se va poco a poco hacia la puerta*) No me hagas chantaje psicológico. No te pienso pedir que te quedes. (*pausa. Andrés se queda parado justo al abrir un poco la puerta*). No te puedes ir así, después de todo esto.

A- ¿Después de qué, después de qué? El mundo entero cabe en un desprecio, María, con solo cerrar los ojos.

M- *(Se levanta preocupada y va hacia su lado)* ¿Pero qué te ha dado a ti de repente? *(le abraza)*. Venga chico, siéntate un rato a ver si se te pasa.

A- Gracias María, es usted tan buena.

M- No te voy a dejar salir así, con esas pintas, te tendré que dar la chaqueta.

A- ¡Eureka!

M- Hombre, ya has vuelto en ti.

A- Es que me he acordado, pues a eso María, a secarme, sobre todo la chaqueta.

M- Andrés, nadie se presenta en casa de alguien a secarse la chaqueta.

A- Estaba empapada.

M- Pues habérselo pedido a los del primero.

A- No tienen un nombre tachado en el buzón.

M- Claro, así es imposible que sequen chaquetas. ¿Que a qué has venido?

A- Pues no se me había ocurrido.

M- ¿Cómo que no se te había ocurrido? ¿Qué coño me estás diciendo?

A- Me gustó el portal y subí la escalera.

M- Vete a la mierda Andrés. Te vas a tomar el pelo a otro. ¿No me vas a contestar? ¿Te he hecho una pregunta? Vete *(Andrés no se mueve)* Que te vayas, te digo que te vayas. Vete. Vete. Vete. Vete.

A- *(Se levanta y va hasta la puerta)* Adiós María, gracias *(se va)*.

María, que no ha mirado a Andrés cuando se iba, levanta la cabeza y mira la puerta cerrada con odio. Pausa. Se levanta lentamente para coger el sombrero, lo coloca en su lugar. Se sienta cansada. Se levanta al poco tiempo enfadada, coge el sombrero y lo tira, lo pisa y se vuelve a sentar casi llorando. Llamam a la puerta, María la mira con esperanza.

2. M I A S M A ;

XII.

GLORIA- Me has hecho daño.

MARCOS- Me ibas a tocar la cara.

G- ¿Y?

M- Me ibas a tocar la cara. No quiero que ellos me vean.

G- Eres injusto. Yo no te quería hacer daño ¿sabes?

M- Venga, no te enfades, te llevaré a casa.

G- No necesito tu caridad.

M- Aprendes rápido. Está aquí al lado, sólo hay que bajar ese camino. Hay un puente más abajo. Hay un álamo enorme, creo que te gustará.

G- ¿Por qué no lo dijiste antes?

M- No sé, no conocía tus gustos.

G- No idiota, el camino. Me has tenido aquí de charla y... ¿qué pasa, que ahora conoces mis gustos?

M- Ahora estoy más seguro de que te gustará el álamo. ¿No lo oyes? (*Suena un contrabajo*).

G- Creo que has pasado demasiado tiempo solo. ¿Por qué no me dijiste antes que había un camino?

M- No sé, creo que me caíste bien.

G- Curiosa forma de demostrarlo. Además ya te había dicho que me hubiera gustado este sitio. Me gusta incluso, pero me he perdido.

M- Te llevaré a casa.

G- Iremos. ¿Qué hacías antes?

M- Era decorador de interiores. ¿De qué te ríes? Es una pena, Gloria, nunca hubiera pensado que eras de esas que cree en que hay profesiones más nobles que otras.

G- Eso es que me conocías poco.

M- No tiene gracia.

G- Perdona, señor decorador, no quería ofenderte. Venga Marcos, no puedo creer que te pongas así, llévame a tu casa. ¿Qué quieres, que lo retire? Está bien, lo retiro; me encanta la decoración de interiores ¿sabes?

M- No te he pedido que mientas.

G- Bueno, escríbeme lo que quieres que diga, será más fácil para todos.

M- Aquí sólo estamos tú y yo.

G- Y se está haciendo de noche, deberíamos irnos.

M- *Deberíamos*, no sé cómo os cuesta tan poco trabajo decir las cosas.

G- Aquí sólo estamos tú y yo.

M- Invades mi sitio con esa desfachatez y luego... Me ibas a tocar la cara. Gloria, Gloria, ahora ya no, ahora te enseñaré el álamo ¿no lo oyes? Siempre he creído que subiré el suelo con estas piedras, que convertiré este abismo en un reloj de arena, es sólo cuestión de tamaño. Si no mira América, es un reloj de placas tectónicas que bajan el tiempo hacia el sur. O mírate a tí, querías lanzarte. Habrías subido el abismo, habría avanzado miles de piedras, pero me alegro de que no lo hayas hecho.

G- Es hora de irnos.

M- Pues eso.

G- Yo conduzco.

M- Debería ser yo, ¿no crees?

G- Es un viaje muy largo, podremos hacer turnos.

M- ¿Tan lejos vives?

G- ¿Yo? No.

Marcos y Gloria se van, Andrés entra por el fondo del abismo, hace la historia de los diez pasos y acaba llamando a la puerta desde dentro.